

NEW LEFT REVIEW 142

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2023

ARTÍCULO

| | | |
|------------------|---------------------------------|----|
| LOLA SEATON | Sobre el «capitalismo político» | 7 |
| NATHAN SPERBER | Partido y Estado en China | 35 |
| ANAHID NERSESIAN | Notas sobre el tono | 63 |

LA SITUACIÓN DE GRAN BRETAÑA

| | | |
|------------------|----------------------------------|-----|
| PETER WOLLEN | La nueva ola británica | 87 |
| RAYMOND WILLIAMS | La ficción y el teatro | 95 |
| ERIC HOBSBAWN | La sociedad, la nueva y la vieja | III |
| RALPH MILIBAND | Si el Partido Laborista gana... | 125 |
| PERRY ANDERSON | Giorgio Fanti | 139 |

CRÍTICA

| | | |
|---------------|----------------------------------|-----|
| ROBIN OSBORNE | ¿Es importante el mundo antiguo? | 155 |
| GREY ANDERSON | Grandes narrativas | 168 |

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



PERRY ANDERSON

GIORGIO FANTI

EN EL LONDRES de principios de la década de 1960, los jóvenes en los que había recaído en 1962 la responsabilidad de la edición de la *NLR* encontraron un interlocutor cordial en Giorgio Fanti, por aquel entonces corresponsal de *Paese Sera* en Gran Bretaña. Quizá fuera él quien propició mi primer encuentro con Tom Nairn, aunque también podría haber sido Ralph Miliband, un amigo común. Fanti llevaba un par de años en la ciudad; era una figura notablemente despierta, efervescente y sociable, de mucha más cultura que la mayoría de los periodistas. En el Partido Comunista Italiano (PCI) pertenecía, por lo que pudimos comprobar, a su ala derecha y sin duda se situaba a la derecha de nosotros o de Ralph. Tras señalar sus diferencias con Miliband sobre el Partido Laborista en su introducción al número especial de *Il Contemporaneo*, Fanti ofrecería en 1965 una valoración más positiva de los puntos fuertes del laborismo a escala nacional, discrepando de la *NLR* a este respecto, así como de los novedosos méritos de Harold Wilson como político¹. Al año siguiente Fanti fue trasladado a París y perdimos el contacto con él. Para entonces, su hermano Guido, dos años más joven, se había convertido en una figura prominente en

¹ Giorgio Fanti, «The Resurgence of the Labour Party», *NLR* 1/30, marzo-abril de 1965. Fanti reprochaba a la revista un sentido excesivamente abstracto y esquemático de las realidades locales, aduciendo que la hegemonía nunca había consistido en el predominio de una sola ideología, como podría sugerir el énfasis en la importancia del utilitarismo o el empirismo. En Gran Bretaña, nuestros análisis sobre la hegemonía pasaban por alto al menos dos importantes vertientes de su predominio: un nacionalismo que se remonta a las guerras napoleónicas y los efectos transformadores de la Reforma.

Italia, habiendo sido elegido alcalde de Bolonia, escaparate comunista, en 1966, ascendiendo a presidente de la región de Emilia-Romagna en 1970 y, a partir de entonces, desempeñando los cargos de diputado, senador, eurodiputado y miembro de la *Direzione* del PCI y convirtiéndose en una figura destacada de su grupo dirigente a medida que el Partido se desplazaba más a la derecha. Asociar a los dos hermanos se antojaba razonable.

El PCI cambió de nombre y se escindió en 1991. Las sucesivas formaciones que le sucedieron –inicialmente el Partito Democratico della Sinistra (1991-1998), luego Democratici di Sinistra (1998-2007) y después y hasta el día de hoy el Partito Democratico– nunca se acercaron al éxito organizativo y electoral del PCI, sino que, por el contrario, fueron menguando con el tiempo en tamaño e influencia y, finalmente, terminaron abandonando cualquier referencia a la izquierda, incluso en el nombre. En el nuevo siglo, el comunismo italiano en el que se formaron los hermanos Fanti ya no existía. Tras su desaparición, Giorgio Fanti publicó unas memorias bajo el título *I distintivi all'occhiello. Le disavventure di un sopravvissuto a due ideologie*². En el PCI había existido una izquierda, que creó la revista *il manifesto* y fue expulsada del Partido en 1969; de dos de sus líderes femeninas, Rossana Rossanda y Luciana Castellina, se publicaron sendas memorias impresionantes, ambas posteriores a las de Fanti³. El relato de Rossanda de los primeros cuarenta y cinco años de su vida es una obra de una inteligencia moral tan serena y de una comprensión política tan profunda sobre sí misma y sobre los demás, que con su autobiografía se une a la compañía de Beauvoir, Weil y Arendt, de la generación anterior. Desde el punto de vista literario, *La ragazza del secolo scorso* es sin duda una obra mejor y más conmovedora, cargada de un mayor sentido de humanidad y de historia vivida, que cualquiera de las obras similares producidas por aquellas. El recuerdo que Castellina evoca de su pasado es más autobiográfico en un sentido clásico y termina mucho antes, a los diecinueve años, cuando aún era estudiante y se había afiliado al Partido Comunista pocos meses antes de la aplastante derrota electoral de 1948. Basada en el diario que escribió desde los catorce años, *La scoperta del mondo* posee una frescura y

² Giorgio Fanti, *I distintivi all'occhiello. Le disavventure di un sopravvissuto a due ideologie*, Roma, 2000.

³ Rossana Rossanda, *La ragazza del secolo scorso*, Turín, 2005 [ed. cast. *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, 2008]; Luciana Castellina, *La scoperta del mondo*, Milán, 2011. Ambas obras han sido traducidas al inglés, respectivamente, como *The Comrade from Milan* (2011) y *Discovery of the World* (2014), publicadas por Verso.

una honestidad propias. Comienza el 25 de julio de 1943 con Castellina jugando al tenis en el Adriático con Anna Maria, la hija de Mussolini y compañera de clase. El partido se interrumpe repentinamente cuando la noticia de la detención del Duce en Roma llega a oídos de los guardias de Anna Maria, que la sacan inmediatamente de allí. Desde el ala opuesta del PCI, las memorias de Fanti son inequívocamente un documento del primer sexo y, en el tono y en la forma, son muy diferentes de cualquiera de estos relatos vitales en la Italia fascista y posfascista, pero constituyen, no obstante, una obra cautivadora por derecho propio, ingeniosamente diseñada e innegablemente vívida.

Tres elecciones atípicas distinguen la composición de *I distintivi all'occhiello* del modelo convencional del género. La primera es el tratamiento del tiempo: la narración de Fanti, aunque perfectamente accesible, no es cronológica, ya que avanza y retrocede sin previo aviso entre episodios distribuidos a lo largo de medio siglo, lo que exige ciertos conocimientos previos para comprender su lógica. La segunda es la presentación que hace de sí mismo. No utiliza la primera persona: Fanti se distancia del tema de la historia refiriéndose a sí mismo en todo momento simplemente por la inicial F. La tercera es quizá la más llamativa. Gran parte del relato se desarrolla en forma de intercambios orales entre F. y otras personas, no recurriendo a la *oratio obliqua*, sino en forma de estilo directo: conversaciones y discusiones que se pueden prolongar de la forma más animada durante páginas y páginas, como si estuvieran registradas textualmente. No hay memoria, por supuesto, capaz de retener con precisión palabras pronunciadas décadas antes, ni siquiera años o meses, con esa extensión. Estos diálogos no son recuerdos de Fanti, sino invenciones basadas sin duda en lo que oyó, o quiso haber oído, en interacciones del pasado, transformadas con gran brío en conversaciones que transmiten los significados y las lecciones de la trama en un acto de creación similar al de la novela clásica de ideas.

La complejidad de este libro de memorias reside en los contrastes existentes entre las hebras que lo entretajan: la historia personal de la familia de Fanti, cómo se relacionó con ella y cómo se rebeló contra ella; su propio matrimonio y lo que de él se derivó; la trayectoria de su carrera, desde la Resistencia pasando por el trabajo en el Partido en Bolonia y Roma, hasta su destino como expatriado en Inglaterra y Francia; y los sinuosos giros políticos y fortunas del PCI y lo que sucedió después en Italia y en el mundo. La obra maestra de Rossanda aborda también cada

una de estas vertientes –personal, intelectual, sociopolítica–, aunque las proporciones y el alcance de los relatos difieren. Su libro, que cubre la mitad del periodo, pero es el doble de largo que el de Fanti, habla mucho menos de su matrimonio y de lo que le siguió, prevaleciendo la discreción. El relato de Fanti sobre su vida familiar es más emotivo. Su relato comienza así:

Para F. morir al amanecer era una imagen literaria. Había visto *Le jour se lève* y leído algunos libros. Entonces llegó el amanecer del 10 de agosto de 1948, cuando su padre murió exactamente tres años después de la boda a la que sus padres se habían opuesto. Cambió su enfoque. Comprendió el poder de la metáfora, por qué el del alba es uno de los encuentros preferidos cuando llega el momento de abandonar la escena.

Les dijo a su madre y a su hermano que descansaran y veló en solitario la agonía de su padre. Pero cuando terminó, no se sintió solo. Sintió que había ganado la pugna con su padre, quien había sido fascista y participado en la Marcha sobre Roma; se convirtió en un soñador que amaba a Hölderlin, un pintor que escribía cuentos en el periódico, un pianista desbordante ante el teclado, un compositor de canciones, «que siguió siendo, cada vez, irremediablemente un diletante». El pasaje continúa así:

Era severo con su padre. Se había convertido en un comunista, había sido partisano. Había buscado en la severidad de la disciplina filosófica una salvaguardia contra el amateurismo paterno. Sin embargo, la filosofía seguía siendo un intento unitario de explicación del mundo [...]. Ni siquiera había empezado a percibir que el oficio que las circunstancias le impondrían, el periodismo, era en el fondo el epítome, el triunfo de lo que más quería evitar: el diletantismo. Los periodistas son los servidores del mensaje que transmiten los medios de comunicación. Así que era un diletante, como su padre. Quizá peor: sin su estilo, sin el esnobismo de un caballero de principios de la década de 1930 [...]. Más tarde aprendería, al llegar a Londres, que para un caballero el amateurismo era una regla de vida. Una garantía, para los demás, de independencia y rectitud. Pero ese tipo antropológico especial, cuando el mundo cambió, se extinguió por completo.

En el siguiente párrafo aparece Fanti corriendo por los campos, jubiloso por el nacimiento de su hijo tres años antes, seguido de mordaces reflexiones sobre la llegada de la clonación cincuenta años más tarde. El resto del capítulo narra el rechazo de la religión en la adolescencia temprana, el descubrimiento del sexo con una camarera y la ayuda prestada a un ligue de su hijo a procurarse un aborto en el explosivo Londres de la segunda mitad de la década de 1960.

El abuelo de Fanti resulta ser un rico comerciante de telas con un gran emporio frente a la catedral de Bolonia y varias dependencias en la costa; un firme pilar de la reacción burguesa durante y después del fascismo, que mostraba orgulloso a su nieto el garrote con el que su hijo favorito, el tío de Fanti, había golpeado a los subversivos, pero que también le transmitió su amor por los libros. El padre de Fanti, el hijo mayor, abandonó el comercio de ropa, en el que no tenía ningún interés, por la pintura, con la que no ganaba dinero, requiriendo el apoyo financiero del patriarca del negocio, una de las razones por las que Fanti lo despreciaba, mientras sufría también el rigor de su madre. Pero ninguno de los dos le resultaba lejano. Nunca estuvo más cerca de uno de sus progenitores, que cuando ayudó a cuidar a su padre, cuando cayó enfermo de muerte. Al morir su padre, Fanti encontró en su biblioteca libros de Baudelaire, Stirner y Hegel, junto con D'Annunzio, Marinetti y Nietzsche, y una nota escrita en julio de 1944 que decía simplemente: «De la inmensidad de la ruina que ha assolado a Italia, solo una idea, solo una fuerza, puede levantarla de nuevo: el comunismo», con su firma debajo. De su madre recibió una confidencia sorprendente sobre las razones por las que, según le dijo tranquilamente, ella siempre había sido frígida como esposa. El retrato de su primer amor, Ludovica, con la que se casó en contra de la voluntad de sus padres, no es menos vívido, ya que adopta en gran parte la forma de una conversación entre ambos que dura veinte páginas. Concluye con el recuerdo de haber estado juntos en el Adriático, él como soldado llamado por el régimen, en el mismo balneario y el mismo día en que Castellina registró la interrupción de su juego con la hija de Mussolini.

En otoño de 1943 Fanti se unió a la Resistencia. Atraído por los panfletos de Giustizia e Libertà, se unió a una red del Partito d'Azione y luego al Partido Comunista, ayudando inicialmente a sacar de contrabando armas, municiones y mapas de sus barracones, persuadiendo a soldados para que desertaran y se unieran a los partisanos y pasando luego a la clandestinidad, donde sirvió en el Comando Unico Militare Emilia-Romagna (CUMER) bajo el *nom de guerre* de Gracchus. En la primavera de 1945 había alcanzado el grado de capitán en el CUMER y se había convertido en *Intendente*, responsable de finanzas y suministros en la región, cuando Bolonia fue liberada de la ocupación alemana, un trabajo para el que dice tener pocas cualificaciones, aunque el título le complacía, ya que lo había llevado en Bolonia bajo Napoleón el héroe de la gran novela de Ippolito Nievo *Le confessioni d'un italiano*, que había estado

leyendo. Tras la Liberación, se licenció rápidamente con una tesis sobre Labriola en 1945, dirigió la Comisión Cultural del PCI en Bolonia, y al año siguiente, con 25 años, empezó a redactar la página cultural del diario local de la izquierda, *Il progresso d'Italia*. Cuadro activo del Partido en una ciudad cuyo alcalde, Giuseppe Dozza, era un veterano comunista de la primera época, que había participado en el congreso fundacional del PCI en 1921, Fanti fue durante tres años una figura popular en la escena local. Pero cuando el Partido sufrió una dura derrota en las urnas en abril de 1948, sorprendió a sus camaradas con una enérgica crítica de la campaña que había conducido a tal revés, argumentando que el Partido se había buscado el varapalo al permitir que los democristianos polarizaran la contienda como una elección entre Occidente y Rusia, y al tratar de ridiculizar a sus oponentes caricaturizándolos con túnicas fascistas y tocados con borlas. Fue recibido con un silencio absoluto, seguido de una denuncia de su trabajo en el periódico.

Poco después, sin embargo, la dirección del Partido cambió de rumbo, el comité central hizo autocrítica y se celebró una reunión en Bolonia en la que se debatió *Il progresso d'Italia* en presencia de Togliatti. Tras una discusión entre el redactor jefe y Fanti, que defendía sus posiciones, Togliatti intervino diciendo: «El camarada F. tiene razón», y dos días después fue nombrado redactor jefe del periódico. Pero su buena estrella no duraría mucho, pues en otoño de 1948 organizó una exposición de arte moderno en Bolonia, la primera del país, que causó gran expectación. La muestra atrajo sobre él un rayo de Togliatti, que la denunció en *Rinascita* como una colección de «horrores e idioteces», una procesión de meros «garabatos». Las repercusiones fueron de alcance nacional: tanto Rossanda como Castellina dejan constancia del asunto en sus autobiografías⁴. Todos los

⁴ Rossanda: «En *Rinascita*, Togliatti había criticado duramente una exposición de nuestros pintores en Bolonia, y aunque no les acusó exactamente de producir “arte degenerado”, lo que dijo no estaba muy alejado», *La ragazza del secolo scorso*, cit., p. 158; *The Comrade from Milan*, cit., p. 140; su propia pasión y formación como estudiante en Milán era en historia del arte. Castellina: «Togliatti reprobó furioso una exposición de artistas abstractos en Bolonia», *La scoperta del mondo*, cit., p. 195 [ed. ing.: *Discovery of the World*, cit., p. 138]. A los dieciséis años, ella misma quería ser pintora, y comentaría: «Cuando pienso en ello hoy, parece increíble que la pintura desempeñara un papel único, sin precedentes, en aquellos primeros años posfascistas. El hecho es que el fascismo y el provincianismo nos habían negado el conocimiento de la pintura moderna incluso más que el de la literatura [...]. Se convirtió en un símbolo de liberación, porque estaba estrechamente ligada a la política. Incluso diría que llegué a la política a través de las exposiciones de nuevos artistas, tanto extranjeros como italianos» *La scoperta del mondo*, cit., p. 120; ed. ing.: *Discovery of the World*, cit., pp. 77-78.

artistas avanzados y quienes simpatizaban con ellos se sintieron indignados, al tiempo que la dicotomía zhdanovista oficial de realismo progresista frente a abstracción decadente se endurecía en el seno del Partido para su detrimento. Para Fanti personalmente, su destino en *Il progresso d'Italia* estaba sellado. En 1950 fue destituido como redactor jefe y enviado a Roma con un humilde trabajo de reportero de noticias locales para *l'Unità*.

Allí, sin embargo, desempeñó mejor esta tarea y disfrutó de la capital más de lo esperado, haciendo nuevos amigos y contactos y extendiendo sus alas intelectuales. Así que, a su debido tiempo, fue ascendido a subdirector de *l'Unità* –junto con Alfredo Reichlin, entonces marido de Castellina– bajo la dirección de Pietro Ingrao, más tarde líder de la izquierda del Partido, como redactor jefe. Después de un curso de tres meses en la Escuela Central del Partido, fue trasladado en 1954 al Movimiento Italiano por la Paz, una rama del Consejo Mundial por la Paz creado por el Cominform y con sede en Praga, para servir como su secretario cuando el titular cayó enfermo; un nombramiento que aceptó después de recibir la promesa de Ingrao de que podría volver a *l'Unità* después de dos años. El presidente del Movimiento era el socialista de izquierda Riccardo Lombardi, con quien entablaría a continuación una gran amistad y con cuya esposa india tuvo un romance. En Lombardi, escribe, descubrió el socialismo liberal de Giustizia e Libertà, que le había atraído en su juventud⁵. Dos años más tarde se produjo la revuelta húngara y la represión soviética de la mano de sus tanques, una intervención justificada por el PCI. ¿Qué tenía que decir al respecto el Movimiento Italiano por la Paz? Lombardi no lo dudó: si el Movimiento no condenaba a Moscú, quedaría expuesto como un mero instrumento de la política exterior rusa y él y todos los demás miembros del PSI dimitirían inmediatamente. Un mes antes, Fanti –miembro de una delegación del PCI en Moscú– había hablado con Jruschov, que parecía bastante poco seguro de sí mismo. Le dijo a Lombardi que debían recordar que la Unión Soviética, a pesar de lo que había hecho en Hungría, se estaba moviendo en una dirección posestalinista y que en cualquier caso no era un laboratorio aislado del resto del mundo, donde Egipto sufría por entonces un ataque anglo-francés ¿No sería mejor condenar tanto el ataque en Budapest como el asalto a Suez en la misma declaración? Lombardi estuvo de acuerdo y ambos consiguieron que el Movimiento por la Paz apoyara su declaración. A continuación, Fanti escribió a la

⁵ Lombardi también era un buen amigo de Rossanda en Milán, *La ragazza del secolo scorso*, cit., p. 266; ed. ing.: *The Comrade from Milan*, cit., p. 232.

secretaría general del PCI solicitando su relevo de su destino temporal y su reincorporación a su profesión de periodista.

Acto seguido recibió una llamada telefónica de Ingrao, que lo invitaba a una comida en la que se le dijo que era imposible que *l'Unità* lo aceptara de nuevo, pero que en cambio se le ofrecía un trabajo en *Paese Sera*, que estaba en mejores condiciones como periódico, y donde tendría más libertad para expresar sus propias ideas. A puerta cerrada, Ingrao había adoptado una posición muy parecida sobre Hungría, pero, tras aceptar el veredicto de la mayoría, había sido asignado para llamar al orden a Fanti. La oferta del *Paese Sera* fue la forma que tuvo Ingrao de obedecer sin cumplir. Fanti aceptó el trabajo, cada vez más relacionado con la política exterior, y en 1960 fue enviado a Inglaterra como corresponsal del periódico en Londres, donde informaría sobre el país durante seis años. Trasladado a París en 1966, cubrió la revuelta de Mayo del 68 y permaneció allí hasta la década de 1980, cuando *Paese Sera* entró en crisis. En 1987 fue contratado como corresponsal en el extranjero por la RAI, la radiotelevisión pública italiana, y cubrió los grandes acontecimientos del final de la década, entre ellos la Perestroika y la caída del Muro de Berlín. En 1991 se retiró del periodismo a los setenta años, tras comprar una casa en la isla de Elba en la que podía recalar sin dejar de residir en París, y escribió las memorias que aparecieron en 2000. Fanti murió en 2010.

Transformismo condenable

Aunque de profesión Fanti era periodista, carrera de la que tenía una pobre opinión, por naturaleza era un intelectual, dotado de horizontes mucho más amplios que los que se desprenden de sus escritos para la prensa. Aunque no era un bibliófilo, la biblioteca que donó a la ciudad cercana a su residencia en Elba contenía en torno a 5300 libros. Sus memorias distan mucho de ser un registro completo de su vida, ya que contienen importantes lagunas: de Amendola a Napolitano, la derecha del PCI a la que pertenecía, al igual que su hermano, está completamente ausente. Pero la presencia de pensadores, ninguno de ellos ortodoxo según los cánones del Partido, es, sin embargo, llamativa en su itinerario. En su adolescencia, solía frecuentar un café de Bolonia al que era asiduo el filósofo que después de la guerra se convertiría en el principal exponente de los situados en las antípodas de Gramsci en la izquierda, Galvano Della Volpe. Fanti traza de él un retrato memorable. El «conde rojo» para sus admiradores hasta cierto punto intimidados, vástago de la pequeña nobleza de

la Romagna, presentaba una figura fuerte y alta, echada hacia atrás en su silla, con las cejas levantadas y una media sonrisa burlona, que soltaba a su alrededor andanadas de un sarcasmo no siempre bondadoso. Calvino decía odiarle, pero seguía siendo su amigo. En el mundo académico era realmente detestado, pero Fanti estaba encantado con él, y en cuanto tuvo el control de la página cultural de *Il Progresso d'Italia* después de la guerra, presentó quincenalmente sus perentorias y punzantes interjecciones, bajo la rúbrica de «Lápiz rojo»; cuando Fanti se trasladó a Roma, Togliatti retomó las notas de Della Volpe para *Rinascita*. Desdeñoso de cualquier tipo de corrección novedosa, Della Volpe se burlaba de las normas de todo tipo con un desinhibido vigor de anticuario.

Para Fanti, y más tarde para muchos jóvenes italianos, Della Volpe fue la llave de acceso a una versión netamente antihegeliana del marxismo, caracterizada por un interés mucho mayor por la línea de pensamiento que se extendía de Aristóteles y Galileo a Hume y Kant, así como por el respeto por el empirismo de las ciencias naturales⁶. Cuando Fanti llegó a Londres, esta tradición le llevó a conocer a Bertrand Russell, a quien buscó para hablar no solo del Comité de los 100, sino también de *Principia Mathematica* y *Materialismo y empiriocriticismo*. También se las arregló para discutir sobre Rusia con Isaac Deutscher, a quien invitó cuando estaba de vacaciones en Italia en 1964 para que diera una charla en la Alleanza della Cultura de Bolonia –una extensión del PCI que había organizado su Exposición de Arte Moderno en 1948–, invitación que Deutscher aceptó encantado, dedicando su último libro a Fanti. En París entrevistó a Marcuse durante la agitación de 1968 y fue denunciado a *L'Humanité* por sus informes críticos sobre el papel del PCF en los acontecimientos por Maria Antonietta Macciocchi. Se hizo muy amigo de Althusser y, en el verano de 1980, le invitó a la Toscana para hacer juntos una entrevista en forma de libro en la que hablaron largo y tendido sobre la historia de Italia, de política y de muchas otras cosas, pero Althusser estaba demasiado deprimido para que el proyecto llegara a buen puerto; cuando este se comportó como un bufón en una entrevista radiofónica durante su estancia allí, Fanti se apresuró a ir a Roma para ocultar el resultado y allí supo que el intercambio más serio que había mantenido con Althusser destinado a *Rinascita* iba a ser suprimido por el Partido durante un periodo de diez años. Tras el periodo de crisis de

⁶ G. Fanti, *I distintivi all'occhiello. Le disavventure di un sopravvissuto a due ideologie*, cit. pp. 89-90.

Althusser, Fanti contribuyó a apoyarle, aunque *L'avenir dure longtemps* no fuera un libro que le convenciese.

Poco de todo esto difiere significativamente de la imagen que Fanti dejó en el Londres de principios de la década de 1960, aunque por supuesto la modifica, complicando y enriqueciendo biográficamente el cuadro. Desde el punto de vista político, sin embargo, sus memorias constituyen una auténtica sorpresa. Si nos fiamos de su relato, este nos revela a un comunista mucho más radical e independiente de lo que jamás hubiéramos imaginado. Seguramente hay una cierta dosis de *senno di poi* –el término italiano para la retrospectión– en las reconstrucciones que hace Fanti de lo que pensó y dijo en sucesivas coyunturas críticas de la historia italiana de posguerra. Sin embargo, es poco probable que lo tergiversara drásticamente. Destacan cinco.

En la primavera de 1944 Fanti rechazó el «giro de Salerno» que Togliatti dio a su regreso de Rusia, ordenando al Partido que no planteara dificultades para mantener por el momento una monarquía desacreditada o para asociarse con aquellos que en el último momento habían abandonado a Mussolini para refugiarse con unos Aliados, quienes durante mucho tiempo lo habían visto con buenos ojos. La revolución no estaba a la orden del día y la colaboración con los remanentes de una Italia pasada y las avanzadillas del capital angloestadounidense era la exigencia del momento. Era una línea firmemente defendida como deber patriótico de todo comunista por el funcionario de Emilia enviado al sur para dar a conocer lo que quería Togliatti. Fanti objetó que, por el contrario, lo que Italia necesitaba urgentemente era lo que le había faltado durante tanto tiempo: «Intransigencia moral, rechazo al trueque de principios, coherencia». Al reprocharle su superior su excesivo radicalismo –precisamente el tipo de difuso extremismo revolucionario contra el que Togliatti estaba advirtiendo–, Fanti respondió que, por supuesto, sabía que los soviets no estaban en la agenda. Lo que temía era que el giro anunciado en Salerno «reabriera el eterno y condenable capítulo de transformismo y compromiso a la italiana en busca de una legitimación por encima de todo y pagando el precio por ello»⁷.

Cuando terminó la Resistencia, Fanti tampoco estuvo de acuerdo con lo que se convertiría en la descripción estándar de la misma, esto es, la Resistencia constituía uno de los bandos de una «guerra civil» en la que

⁷ *Ibid.*, pp. 132-133.

el otro estaba constituido por los desesperados que integraban los restos de la República Social de Mussolini instaurada en el norte del país. Equiparar a los partisanos con estos últimos como si fueran equivalentes en número era ignorar a las masas mucho mayores de las grandes ciudades del Norte y del campo emiliano, cuya rebelión contra el fascismo había tomado la forma de huelgas industriales, manifestaciones de mujeres, revueltas del pan, evasión campesina de las requisas y negativa a trillar, por no hablar del rápido crecimiento de la Resistencia en 1944-1945 y la disminución de los miserables reunidos por el régimen en Salò. El efecto de la capciosa reivindicación de la guerra civil fue legitimar al MSI y a sus sucesores después de la Segunda Guerra Mundial. Si hubiera habido una verdadera guerra civil, por terrible que hubiera sido, el resultado hubiera sido al menos purgar a Italia del vicio inveterado del oportunismo, que corrompió la República de posguerra⁸.

En la década de 1980 Fanti se reunió en París con Bettino Craxi, «personificación de la corrupción política y la perennidad de la Primera República en la cúspide de su notoriedad y poder», y le preguntó por qué bloqueaba la admisión del Partido Comunista, dirigido ahora por Berlinguer, que había roto con Moscú, en la Internacional Socialista, cuya solicitud había presentado. ¿Por qué no debían el PSI y el PCI hacerse cargo juntos de los problemas a los que se enfrentaba la izquierda en Italia? «¿De qué estás hablando?»», respondió Craxi. «La izquierda no existe, es solo un término del código de circulación: conduce por aquí o por allá desde el centro de la carretera, eso es todo»⁹. Pero si Fanti no tenía tiempo para el decisionismo de Craxi, poco más tenía para las justificaciones al uso del PCI. Comparándolo favorablemente con el PCF, Althusser había señalado su éxito electoral en 1976, cuando obtuvo más de un tercio de los votos, y su insistencia en la rectitud ética. Fanti no se dejaba impresionar por el gran voto comunista de 1976, cuyo resultado corría el riesgo de convertirse en una «hidropesía sin salidas, susceptible de desinflarse con un pinchazo», y condenó el «compromiso histórico» como una fórmula que Berlinguer había ideado mientras estaba en cama tras un accidente de coche sin consultar a nadie más en la cúpula, ni a derecha ni a izquierda, y obligando al Partido a seguirle —como si se tratara de la continuación lógica de la estrategia comunista tradicional de buscar una alianza con los católicos y no una invención improvisada de Berlinguer en solitario, concebida bajo el impacto del derrocamiento de Allende en

⁸ *Ibid.*, pp. 145-151.

⁹ *Ibid.*, pp. 61-62.

Chile. La realidad era que el país había rechazado el régimen democratacristiano en 1976, mientras el PCI ofrecía ahora un pacto para salvarlo, cuyo desenlace era absolutamente previsible: el fin de ambos partidos; uno desapareció, mientras que el otro quedó tan transmutado que su futuro líder negaría haber sido comunista. No fue ese el único resultado funesto. El «compromiso histórico» «abrió un inmenso abismo en la izquierda» en el que nadaron diversas formas de terrorismo, de las Brigadas Rojas a la constelación de los innumerables grupos armados. Al menos ello se evitó en Francia, donde Mayo del 68 produjo durante un tiempo lo que nunca se consiguió en Italia, un Programa Común de Comunistas y Socialistas. Por todo ello, Berlinguer tuvo una gran responsabilidad ante la historia. Italia necesitaba y quería un cambio y el PCI le dio continuidad, como había hecho en Salerno¹⁰.

¿Y qué decir del partido que surgió después de que el PCI cambiara de nombre en 1991? Occhetto se deshizo de «comunista» sin que se le ocurriera nada más y sus miembros se refirieron durante un tiempo a la «miserable fantasía» surgida como la «Cosa». «¿Cómo lo llamarías tú?» le preguntó Occhetto a Fanti en su despacho de Botteghe Oscure. «Partito d’Azione –respondió Fanti–, si quieres, añade democrático». A lo que Occhetto contestó: «A mí también me gustaría, pero no es posible, como bien sabes»¹¹. Fanti escribe que no sabía que era imposible, soñando como estaba con el Risorgimento y Cattaneo, pero sí que la respuesta era típica de Occhetto, quien en 1991 fue capaz de saltar, pero no tenía ni idea de qué hacer cuando aterrizara. D’Alema, que le sucedió, no tenía idea alguna de lo que el partido podía o debía ser en una sociedad que ya no era ni agraria ni industrial, sino que estaba terciarizada, informatizada y globalizada. Lo único que le importaba era «acabar con la anomalía» de ser el único líder de un partido socialdemócrata en Europa que no accedía al gobierno; para llegar a primer ministro no dudó en enterrar la coalición del Olivo. Con Veltroni, a su vez, el partido volvió a mudar, convirtiéndose en poco más que un comité electoral petrificado por los medios de comunicación en una Segunda República en la que el valiente trabajo de los magistrados que habían acabado con la Primera fue parado en seco por una legitimación recíproca de la derecha y la izquierda en medio de una proliferación de pequeños partidos, el triunfo omnipresente del tropismo guicciardiano, el localismo al estilo de la Lega, el egoísmo corporativo y el egotismo individual¹².

¹⁰ *Ibid.*, pp. 201-205.

¹¹ *Ibid.*, p. 60.

¹² *Ibid.*, p. 61.

Luz y oscuridad

Estas reflexiones críticas sobre el PCI, que forman una secuencia coherente que contradice cualquier asociación fácil de Fanti con la derecha convencional del Partido, están dispersas de forma impredecible a lo largo de las memorias, sin un orden cronológico establecido. El libro se mueve entre sus diferentes temas con la misma libertad, pero está enmarcado por dos grandes preocupaciones, que se convierten en tres, que lo unen como un todo. Un par de páginas preliminares hacen las veces de introducción a dichas inquietudes. Fanti se encuentra en la Puerta de Brandeburgo para su apertura ceremonial en diciembre de 1989, micrófono en mano, con un cámara de la RAI a su lado, mientras Kohl y los alcaldes de los sectores oriental y occidental de la ciudad deambulan por ella, rodeados de una multitud bastante apagada, algunos de cuyos padres podrían haber sido los nazis contra los que Fanti había luchado en su juventud. Cuando tropieza con un resto de los escombros del Muro derribado, se interroga a sí mismo sobre «el porqué de la conexión entre lo privado y lo público en su vida, el fracaso de su matrimonio y el hundimiento del comunismo»: «¿Estaba el amor que le había conmovido tan infectado como las ilusiones que le habían inspirado?»¹³.

Sobre lo primero dice lo suficiente como para ver el arco de la relación: apasionados y tiernos comienzos, la fuerza de carácter de su joven esposa, su capacidad para defenderse en cualquier discusión, los celos que tenían en común, las infidelidades posteriores de él –menciona cuatro, dando a entender que hubo otras–, la furia final de ella y la ruptura con él por causa de la última, negándole sus hijos; una secuencia narrada sin complacencia ni autocompasión, mientras recuerda su seguridad en sí mismo y la superstición de ella. Sobre lo segundo, escribe también con elocuencia, pero sin coherencia. Las dos ideologías de su subtítulo a las que sobrevivió fueron el fascismo y el comunismo. Había luchado a favor de una y en contra de la otra y cuando vio la *Filosofía de la Historia* de Hegel en las estanterías de su padre tras su muerte, la reflexión de que tanto Gentile como Gramsci habían sido moldeados por Hegel le habría dolido, si se le hubiera ocurrido en ese momento. Pero los acontecimientos habían demostrado que la terrible filiación que compartían había alimentado dos certezas opuestas, que cada una poseía una clave, una para la felicidad en la tierra y la otra para el orden (in) humano; dos certezas que proclamaban un Estado ético, que conducía al

¹³ *Ibid.*, p. 10.

«hombre nuevo» de la eugenesia de Hitler y al estajanovismo de Stalin; dos certezas que desembocaron en el terror y la muerte de millones, el comunismo ruso y el fascismo teuto-italiano, la revolución y la contra-revolución derramándose la una en la otra.

Sin embargo, registrar esto no entrañaba olvidar la voluntad de poder y la degeneración que, a partir del origen que compartían, se había adueñado del fascismo, ni el salto cualitativo que distinguía al comunismo: las ideas de Marx, que habían hecho descender la esperanza a la tierra, y a las que la humanidad debía en parte la existencia del Ejército Rojo del que durante unos cuantos años dependieron la esperanza y la fe del mundo. Había una distinción capital entre la realidad del comunismo ruso y la idealidad de la utopía que Marx imaginó: fue el poder de esta última lo que inspiró a obreros y campesinos a adquirir dignidad y mejorar sus condiciones de vida y lo que contribuyó a cancelar la ignominia del colonialismo en buena parte de la tierra. En el mundo partido en dos por la Guerra Fría los anticomunistas estaban mayoritariamente del otro lado: estaban a favor de la policía que mataba a tiros a obreros y campesinos en Italia, a favor de Pinochet en Chile y de los coroneles en Grecia. «El sol del futuro –se dijo F.– sigue ahí, ahora más alto y más lejos, pero más claramente definido, al menos en lo que se refiere a lo que hay que evitar a toda costa». ¿Cuántas cosas habría que empezar de nuevo? «¿Redefinir las fronteras, refundar las naciones, ecologizar las colonias, reinventar y recuperar la justicia, la libertad y las instituciones?»¹⁴.

Sobre esta perspectiva se proyectaba todavía una sombra. En un epílogo, cuyo título está tomado de un fragmento de Leopardi sobre el suicidio, reaparece el tercer tema que atraviesa el relato de la vida de Fanti¹⁵. En él describe un intercambio sobre Rusia, durante los últimos años de Gorbachov, con una de las mujeres con las que se había instalado en París; él acababa de terminar un viaje de Bielorrusia a Siberia como reportero. «¿Cómo se mantiene unido este lugar?», le preguntó ella. Él respondió: por una dictadura y su cierre hermético, físico y cultural del país durante medio siglo. «La prisión que sus guardias rojos hicieron de él salvó al régimen y al mismo tiempo lo condenó irremediablemente». El sistema soviético permanecía impasible en su mundo de industrias decimonónicas y electricidad del siglo XX, como si alrededor de estos «revolucionarios profesionales» no hubiera habido «una tercera, una

¹⁴ *Ibid.*, pp. 44-45, 12.

¹⁵ «Il serraglio di disperati», *ibid.*, pp. 207-215.

cuarta, quién sabe cuántas revoluciones científicas y tecnológicas, mientras ellos seguían utilizando el ábaco». Ya en tiempos de Jruschov, «la sociedad soviética estaba insuperablemente atrasada en sus formas y medios de producción por no hablar de la distancia explosiva entre la cúspide y la base de su pirámide, entre el poder y la población». «¿Es eso todo lo que hay que decir?», preguntó ella. No, respondió Fanti; el atraso tecnocientífico del país era producto de la cultura del comunismo ruso, que era congénitamente antideterminista y, por lo tanto, anticientífica desde el principio, con el rechazo por parte de Lenin de Mach y Avenarius, el repudio del renegado Kautsky y el nacimiento de la Comintern, aclamada por Gramsci. Gorbachov intentaba cambiar el sistema, pero al estilo zarista, de arriba abajo. Fracasaría: su desintegración era inevitable¹⁶.

La interlocutora de Fanti tenía motivos para mostrarse escéptica ante este repentino apego a lo que él mismo calificaba de positivismo. La nota dominante a lo largo de todo el libro es de profunda consternación ante el avance inexorable de fenómenos –manipulación genética, digitalización universal, fabricación de la vida, abolición de los propios libros– que él parecía exaltar al final del mismo. «La ciencia obedece a una ley intrínseca a ella misma, que no puede alterarse: lo que puede experimentarse y producirse, se ha hecho, se está haciendo y siempre se hará. Ninguna consideración ética, ningún poder político o religioso podrá impedirlo jamás». ¿Cuál es el resultado? Una «transformación incesante de las condiciones de existencia en la tierra, cuya dirección –y aún menos su destino– no tenemos forma de predecir»¹⁷. Las memorias terminan sombríamente, con el borroso paso a un nuevo siglo: un mundo plagado de guerras, masacres, expulsiones, hambrunas, desigualdades y epidemias; referencias morales que antaño fueron brújulas de la vida cotidiana están hoy perdidas en las brumas circundantes; conflictos entre civilizaciones, cada una anclada en su propio fundamentalismo, corroídas por la globalización. Así que, al final, él también terminó convirtiéndose en otro habitante de la «casa de fieras de los desesperados» de Leopardi en la que lo único que importaba era la voluntad de dar sentido a la propia historia y a la de los demás, por muy improbable que fuera el éxito.

Desdeñoso de todo lo que fuera personal, el movimiento comunista internacional no era prolífico en memorias. En términos clásicos, la

¹⁶ *Ibid.*, pp. 208-210.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 14-16.

autobiografía de Trotsky fue una gran excepción; las memorias de Victor Serge, la otra. Pero ambas fueron el producto de dos mentes independientes, formadas antes de la llegada de la disciplina de la Comintern en medio del estallido de las convulsiones revolucionarias históricas. En la Italia de la posguerra, la disciplina llegó con toda su fuerza y no hubo revolución. El hecho de que, a pesar de todo, el PCI haya contribuido a la literatura de la memoria con la distinción que lo hizo es un testimonio de lo que era más singular y creativo en el Partido de masas que surgió después de 1945. Lógicamente, fue el ala del Partido más cercana en espíritu a sus antepasados de las dos primeras décadas del siglo la que produjo el conjunto más rico de memorias. A las de Rossanda y Castellina podría añadirse la «historia alternativa» del comunismo italiano, *El sastre de Ulm*, a su manera una obra tan profundamente sentida como las suyas, escrita por otro miembro del grupo de *il manifesto*, Lucio Magri. Fanti, que por filiación y temperamento era una figura tan diferente dentro del PCI, compuso unas memorias que ocupan su lugar junto a las anteriores. Era consciente de la posibilidad de que hubiera en ellas defectos inseparables de su carrera de periodista y ciertamente los hay. Podía escribir sobre su «íntima mediocridad», pero el libro en sí no es mediocre. Fundir una historia sentimental de afecto autocrítico con una retrospectiva política de coherente agudeza, por no hablar de una pizca de especulación (literalmente) metafísica, en una obra de tal energía es un logro inusual. Fue ignorada en Italia cuando apareció en 2000, lo que confirma, si es que hacía falta, el veredicto de Fanti sobre el poscomunismo y el desierto que lo rodea.